

gabinete de relatos

fortunato ruiz verdugo

volumen 2

—sintitulo—

gabinete de relatos

volumen 2

Primera edición: mayo 2021

"gabinete de relatos, vol. 2"

D. R. © Fortunato Ruiz Verdugo, "Método de lectura atenta, vol. 2"



De la edición:

Licencia Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Editado por ~~sintitulo~~

Calle Del Parque 107 [b] Chapalita Oriente 45040

Zapopan, Jalisco, México

Editor en jefe: Alejandro López Morales

Cuidado de la edición: Fortunato Ruiz Verdugo, Alejandro López Morales

Corrección: Olivia Argelia Chávez Pérez, Sarah Medina Delgado

Diseño y composición: ~~sintitulo~~

Terminados de impresión: Gráfica 414

La selección de títulos se encontró a cargo de FRV.

La impresión consta de 700 ejemplares.

Proyecto realizado con el apoyo de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco.

Derecho de autor: en trámite

ISBN: en trámite

Impreso y hecho en México / "Printed and made in Mexico"

colección "gabinete de maravillas"

www.sintitulo.mx

gabinete de relatos

fortunato ruiz verdugo

método de lectura atenta

volumen 2

~~sintitulo~~

Índice

Nota introductoria	11
La hija del regidor Vandad Al-Maqdisi	15
Los caballos de Abdera Leopoldo Lugones	25
El que se enterró Miguel de Unamuno	41
Los tigres de Mompracem Emilio Salgari	57
Meñique José Martí	69
La isla del tesoro Robert Louis Stevenson	99
La leyenda de Kordofán Leo Frobenius	113
Medium Pío Baroja	133
Cuento provenzal Ann Radcliffe	145
El cocodrilo Felisberto Hernández	161
Brujería del gato Ramón Gómez de la Serna	187

Un mensaje imperial Franz Kafka	195
Los papeles de Aspern Henry James	205
Berenice Edgar Allan Poe	219
La prohibición del conde Karen Rosemary Warthon	239

×

Nota introductoria

Fortunato Ruiz Verdugo

Leer es reconocer los signos que integran un texto, comprender el significado interno de una obra, en el sentido más antiguo del griego equivale a escoger o elegir y en el latín se asocia con examinar. En cualquier caso es una actividad que conlleva tanto la acción humana de reconocer códigos registrados en objetos como la noción de una operación íntima que, aunque nace de él, nada tiene que ver con el mundo exterior.

Esta simple afirmación bastaría para ponderar de manera sobresaliente la actividad de leer. Sin embargo, vale la pena señalar que el hábito de la lectura, cuando se realiza con un método, conduce además a las virtudes de la templanza y la fortaleza.

La lectura debe ser dinámica y participativa, utilizar un grado determinado de atención que lleve al lector tanto por el camino de la comprensión como el de la introspección. El grado de acercamiento que se tenga a los elementos del contenido dirige hacia la profundi-

dad de análisis y reflexión. Si bien no hay lectura que sea totalmente pasiva o únicamente receptiva, si no se tienen las herramientas necesarias para la comprensión será complicado o imposible que se entienda cabalmente el escrito y se realice el proceso interno del pensamiento. Un método lleva por el camino inequívoco sin permitir extravíos y confusiones que impidan el reconocimiento de las principales vertientes de la escritura.

El presente libro propone una metodología simple y común de lectura atenta. Mediante ella los lectores pueden aproximarse al texto, interpretarlo y reestructurarlo absolutamente a la usanza tradicional de la cultura.

Gabinete de relatos incluye solamente textos de carácter literario porque estoy seguro de que una de las formas más efectivas de conocer el mundo y al propio ser humano es la experimentación del hecho estético. Discernir sobre éste es también abarcar la tradición. Vivir el arte es descubrir caminos hacia el corazón del mundo, observar parte de la esencia humana y percibir de manera natural el espíritu de uno mismo.

Al leer con método se ejercita el pensamiento y se crea una obra propia que mientras intensifica la actividad neuronal incrementa los espacios en los que se despliega el ser de cada uno. El universo es un libro decían los antiguos. Percibirlo de manera pertinente origina una relación más certera con la experiencia humana del mundo. Tanto el método como las lecturas de *Gabinete de relatos* sirven para apropiarse de perspectivas y apoderarse de verdades, son una oportunidad de evolución académica, intelectual, artística y personal.

Fortunato Ruiz Verdugo (Los Mochis, MX, 1969) nació en Los Mochis, Sinaloa. Educado dentro de los modelos académicos del mundo de las letras, la filosofía y la pedagogía, se formó como estudiante y profesionista en la Universidad de Guadalajara, así como en otras instituciones educativas. El autor ha desarrollado una serie de conocimientos específicos en la educación. Su estilo como creador literario envuelve el tema de la contemporaneidad mexicana a través del mundo de la mitología, la ensoñación y la fantasía, bajo una fina capa de incertidumbre entre la realidad y la ficción.

Fortunato Ruiz Verdugo vive y trabaja en Guadalajara, México.

La hija del regidor

Vandad Al-Maqdisi'
(Siglo XII)

El sótano de *Horgduz* es húmedo y un poco lúgubre pero su olor rancio mitiga los nervios. Entramos todos, los niños primero y nosotros después. Cerramos herméticamente y buscamos refugio en cualquier lugar helado que nos regale el adoquín. La hija del regidor ha traído un gato muerto, el tufo es casi repugnante, frota al animal en la puerta y nos tranquiliza.

Esperamos a que enciendan los cirios. Me recargo en el muro, estoy junto a los más pequeños que por instinto se aproximan y me rodean. Su piel está poblada por el miedo y permanece alerta ante cualquier motivo.

¹ Pocas noticias han llegado hasta nuestros tiempos de los frugales escritores del mundo árabe concomitantes al siglo XII de nuestra era. Las referencias de Vandad Al-Maqdisi pertenecen a esa categoría. Ibn Jaldún, el historiador árabe del siglo XIV, menciona sus textos en *Al Muqaddimah* en el capítulo dedicado a *La interpretación de los sueños* señalando que tanto la ficción como los sueños integran un leve reflejo de la Profecía. Jorge Luis Borges en *Presencia literaria de los sueños (Revista Multicolor, No. 49, 14 de julio de 1934)* indica que las historias de Al-Maqdisi pertenecen a las frágiles huellas que rastrean la mitología árabe.

Todo es silencio, desde hace semanas todo es silencio. Cierro los ojos y se me adhieren los recuerdos. En ellos están los niños corriendo a través de los jardines envueltos de estío, los gritos que parecen risas y la huida que parece un juego. Todo podría ser parte de un juego. Las flores están en su esplendor y el cauce del río suena igual que un coro de risas femeninas. De pronto los gritos de espanto sobresalen y hay sangre y restos de carne humana sobre el camino. Están aquí en nuestro pequeño poblado.

De nada sirvieron las alertas ni el cuidado. Los emisarios que enviamos a los amardos no regresaron. Estamos solos. Después supimos que nadie puede salir; que cada tercer domingo vienen por alimento; que posiblemente se irán con el otoño (todos hemos tenido ese sueño recurrente) que al colmar su hambre se desvanecen y nos vigilan desde lejos.

Alguien dijo que odiaban el olor de la podredumbre porque nunca se acercaban a ella y nos aferramos a ese frágil escudo. Hemos venido a *Horgduz* (el castillo abandonado desde la traición de Gelfvor, *defensor del Caspio*). Una maldición habita en sus pasillos, sin embargo el sótano puede guarecernos.

Quedamos una veintena y la esperanza no abunda. Restan días para la hojarasca, pero con la luz del sol será el tercer domingo. Resistiremos aquí. Por fin ha funcionado el yesquero, se encienden los cirios uno a uno y vemos que la hija del regidor se aferra al gato muerto con la mirada sumergida en el miedo. La luz aumenta poco a poco y nos deja ver que están por todas partes: en las paredes, en el techo, entre nosotros. Nadie dice nada y al mismo tiempo todos cerramos los ojos.

En *Las mil y una noches*, durante la luna 405 se narra la historia de Adi Zayd y Hind, y en los pasajes se nombra a un historiador llamado Vandad Al-Maqdisi como alguien que conocía al rey Al-Numan. Sin embargo no hay más información, sólo el nombre unido a *La hija del regidor* llega hasta nosotros junto con otras breves historias gracias a los esfuerzos de B. Hamett, historiador del mundo árabe que remitió el texto al catalán León de Rencavest, estudioso del Siglo de Oro español.

Vandad Al-Maqdisi. *La hija del regidor (leyendas de la Hicarnia persa)*. Vandad Al-Maqdisi: siglo XII. Traducción: León de Recanvest. *Leyendas de la Hicarnia persa*. Editorial Siglo de Oro. Barcelona, España: 1913.

Versión de: ~~sintitulo~~, 2021

Ejercicios de comprensión

La hija del regidor

I. Argumento y elementos principales

- Escribe en un mínimo de 75 palabras de qué se trata el texto y cuáles son sus personajes principales.
- Ordena las siguientes acciones, según la disposición que guardan en el texto.

- ___ “ha funcionado el yesquero”
- ___ “se aferra al gato muerto”
- ___ “Cada tercer domingo vienen por alimento”
- ___ “Cierro los ojos y se me adhieren los recuerdos”
- ___ “Cerramos herméticamente y buscamos refugio”
- ___ “Resistiremos aquí”
- ___ “Odiaban el olor de la podredumbre”
- ___ “Hemos venido a *Horgduz*”
- ___ “nos vigilan desde lejos”
- ___ “Los emisarios que enviamos a los amardos no regresaron”
- ___ “Frota al animal en la puerta y nos tranquiliza”

II. Identificación de elementos puntuales del texto

- Responde las siguientes preguntas según lo que dice el texto:
 - Cuál es el frágil escudo.
 - Cuándo será el tercer domingo.
 - Qué lugar está maldito.
 - Qué pasó con los emisarios.
 - Qué lugar es un poco lúgubre.
 - Quiénes están en su esplendor.
 - Por qué lugar los más pequeños se aproximan al narrador.

- Quién tiene la mirada sumergida en el miedo.
- Quién es el protector del mar.
- En qué consiste el sueño recurrente.

III. Opiniones y comentarios

- Haz un comentario (utilizando, por lo menos, 50 palabras en cada uno) acerca de las siguientes frases del texto, tomando en cuenta lo que dice la historia:
 - “hay sangre y restos de carne humana sobre el camino”
 - “Se aferra al gato muerto”
 - “que cada tercer domingo vienen por alimento”
- Qué opinas del sueño recurrente que aparece en la historia. Utiliza, por lo menos, 50 palabras.
- Por qué crees que no hay una descripción, en el texto, de los que están atacándolos y que al final están por todas partes. Escríbelo por lo menos en 50 palabras.
- ¿Crees que en realidad esos seres (los agresores) odian la podredumbre? Recuerda: utiliza, por lo menos, 50 palabras.

IV. Procesos literarios

- Qué relación hay entre los siguientes elementos en el cuento:
 - El esplendor y la sangre.
 - La repugnancia y la tranquilidad.
 - El gato muerto, la traición de Gelfvor y el silencio.
 - La luz que aumenta poco a poco, la hojarasca, el frágil escudo y el Caspio.
- En qué consiste la soledad de los personajes.
- Qué pasa cuando el narrador cierra los ojos.

V. Recreación

- Imagina y escribe (utilizando por lo menos 100 palabras) otro final para la historia, a partir de la siguiente línea: “nadie dice nada y...”
- Imagina y escribe (utilizando por lo menos 100 palabras) la historia de Gelfvor —quién era, cómo era, cuáles fueron sus hazañas y en qué consiste su traición.
- Haz un dibujo de los personajes agresores, según como te los imagines (no olvides que puedes colorearlo).

Los caballos de Abdera

Leopoldo Lugones¹
(1874-1938)

Abdera, la ciudad tracia del Egeo, que actualmente es Balastra y que no debe ser confundida con su tocaya bética, era célebre por sus caballos.

Descollar en Tracia por sus caballos, no era poco; y ella descollaba hasta ser única. Los habitantes todos tenían a gala la educación de tan noble animal, y esta pasión cultivada a porfía durante largos años, hasta formar parte de las tradiciones fundamentales, había producido efectos maravillosos. Los caballos de Abdera gozaban de fama excepcional, y todas las poblaciones tracias, desde los cicones hasta los bisaltos, eran tributarios en esto de los bistonos, pobladores de la mencionada ciudad. Debe añadirse que semejante industria,

¹ Leopoldo Lugones (Villa María del Río Seco, Argentina, 1874 - Buenos Aires, Argentina, 1938) fue un poeta y escritor argentino. Considerado el máximo exponente del modernismo argentino y una figura influyente de la literatura hispanoamericana. Nació y creció en su tierra natal para finalmente establecerse en Buenos Aires, en 1895.

uniendo el provecho a la satisfacción, ocupaba desde el rey hasta el último ciudadano.

Estas circunstancias habían contribuido también a intimar las relaciones entre el bruto y sus dueños, mucho más de lo que era y es habitual para el resto de las naciones; llegando a considerarse las caballerizas como un ensanche del hogar, y extremándose las naturales exageraciones de toda pasión, hasta admitir caballos en la mesa. Eran verdaderamente notables corceles, pero bestias al fin. Otros dormían en cobertores de biso; algunos pesebres tenían frescos sencillos, pues no pocos veterinarios sostenían el gusto artístico de la raza caballar, y el cementerio equino ostentaba entre pompas burguesas, ciertamente recargadas, dos o tres obras maestras. El templo más hermoso de la ciudad estaba consagrado a Anón, el caballo que Neptuno hizo salir de la tierra con un golpe de su tridente; y creo que la moda de rematar las proas en cabezas de caballo, tenga igual proveniencia: siendo seguro en todo caso que los bajos relieves hípicos fueron el ornamento más común de toda aquella arquitectura. El monarca era quien se mostraba más decidido por los corceles, llegando hasta tolerar a los suyos verdaderos crímenes que los volvieron singularmente bravíos; de tal modo que los nombres de Podargos y de Lampón figuraban en fábulas sombrías; pues es del caso decir que los caballos tenían nombres como personas.

Tan amaestrados estaban aquellos animales, que las bridas eran innecesarias, conservándolas únicamente como adornos, muy apreciados desde luego por los mismos caballos. La palabra era el medio usual de comunicación con ellos; y observándose que la libertad favorecía

el desarrollo de sus buenas condiciones, los dejaban todo el tiempo no requerido por la albarda o el arnés en libertad de cruzar a sus anchas las magníficas praderas formadas en el suburbio, a la orilla del Kossínites para su recreo y alimentación.

A son de trompa los convocaban cuando había necesidad, y así para el trabajo como para el pienso eran exactísimos. Rayaba en lo increíble su habilidad para toda clase de juegos de circo y hasta de salón, su bravura en los combates, su discreción en las ceremonias solemnes. Así, el hipódromo de Abdera tanto como sus compañías de volatines; su caballería acorazada de bronce y sus sepelios, habían alcanzado tal renombre, que de todas partes acudía gente a admirarlos: mérito compartido por igual entre domadores y corceles.

Aquella educación persistente, aquel forzado despliegue de condiciones, y para decirlo todo en una palabra, aquella humanización de la raza equina iban engendrando un fenómeno que los histones festejaban como otra gloria nacional. La inteligencia de los caballos comenzaba a desarrollarse pareja con su conciencia, produciendo casos anormales que daban motivo al comentario general.

Una yegua había exigido espejos en su pesebre, arrancándolos con los dientes de la propia alcoba patronal y destruyendo a coces los de tres paneles cuando no le hicieron el gusto. Concedido el capricho daba muestras de coquetería perfectamente visible. Balios, el más bello potro de la comarca, un blanco elegante y sentimental que tenía dos campañas militares y manifestaba regocijo ante el recitado de hexámetros heroicos, acababa de morir de amor por una dama. Era la mujer

de un general, dueño del enamorado bruto, y por cierto no ocultaba el suceso. Hasta se creía que halagaba su vanidad, siendo esto muy natural, por otra parte, en la ecuestre metrópoli.

Señalábase igualmente casos de infanticidio, que aumentando en forma alarmante, fue necesario corregir con la presencia de viejas mulas adoptivas; un gusto creciente por el pescado y por el cáñamo cuyas plantaciones saqueaban los animales; y varias rebeliones aisladas que hubo de corregirse, siendo insuficiente el látigo, por medio del hierro candente. Esto último fue en aumento, pues el instinto de rebelión progresaba a pesar de todo.

Los bistones, más encantados cada vez con sus caballos, no paraban mientes en eso. Otros hechos más significativos se produjeron de allí a poco. Dos o tres atalajes habían hecho causa común contra un carretero que azotaba su yegua rebelde. Los caballos se resistieron cada vez más al enganche y al yugo, de tal modo que empezó a preferirse el asno. Había animales que no aceptaban determinado arnés; mas como pertenecían a los ricos, se condescendía a su rebelión comentándola mimosamente a título de capricho.

Un día los caballos no vinieron al son de la trompa, y fue menester constreñirlos por la fuerza; pero los subsiguientes no se reprodujo la rebelión.

Al fin ésta ocurrió cierta vez que la marea cubrió la playa de pescado muerto, como solía suceder. Los caballos se hartaron de eso, y se les vio regresar al campo suburbano con lentitud sombría.

Era medianoche cuando estalló el singular conflicto.

De pronto un trueno sordo y persistente conmovió el ámbito de la ciudad. Era que todos los caballos se habían

puesto en movimiento a la vez para asaltarla, pero esto se supo luego, inadvertido al principio en la sombra de la noche y la sorpresa de lo inesperado.

Como las praderas de pastoreo quedaban entre las murallas, nada pudo contener la agresión; y añadido a esto el conocimiento minucioso que los animales tenían de los domicilios, ambas cosas acrecentaron la catástrofe.

Noche memorable entre todas, sus horrores sólo aparecieron cuando el día vino a ponerlos en evidencia, multiplicándolos aún. Las puertas reventadas a coces yacían por el suelo dando paso a feroces manadas que se sucedían casi sin interrupción. Había corrido sangre, pues no pocos vecinos cayeron aplastados bajo el casco y los dientes de la banda en cuyas filas causaron estragos también las armas humanas.

Conmovida de tropeles, la ciudad se oscurecía con la polvareda que engendraban; y un extraño tumulto formado por gritos de cólera o de dolor, relinchos variados como palabras a los cuales se mezclaban uno que otro doloroso rebuzno, y estampidos de coces sobre las puertas atacadas, unía su espanto al pavor visible de la catástrofe. Una especie de terremoto incesante hacía vibrar el suelo con el trote de la masa rebelde, exaltado a ratos como en ráfaga huracanada por frenéticos tropeles sin dirección y sin objeto; pues habiendo saqueado todos los plantíos de cáñamo, y hasta algunas bodegas que codiciaban aquellos corceles pervertidos por los refinamientos de la mesa, grupos de animales ebrios aceleraban la obra de destrucción. Y por el lado del mar era imposible huir. Los caballos, conociendo la misión de las naves, cerraban el acceso del puerto.

Sólo la fortaleza permanecía intacta y empezábase a organizar en ella la resistencia. Por lo pronto cubriase de dardos a todo caballo que cruzaba por allí, y cuando caía cerca era arrastrado al interior como vitualla.

Entre los vecinos refugiados circulaban los más extraños rumores. El primer ataque no fue sino un saqueo. Derribadas las puertas, las manadas se introdujeron en las habitaciones, atentas sólo a las colgaduras suntuosas con que intentaban revestirse, a las joyas y objetos brillantes. La oposición a sus designios fue lo que suscitó su furia.

Otros hablaban de monstruosos amores, de mujeres asaltadas y aplastadas en sus propios lechos con ímpetu bestial; y hasta se señalaba a una noble doncella que sollozando narraba entre dos crisis su percance: el despertar en la alcoba a la media luz de la lámpara, rozados sus labios por la innoble jeta de un potro negro que respingaba de placer el belfo enseñando su dentadura asquerosa; su grito de pavor ante aquella bestia convertida en fiera, con el resplandor humano y malévolo de sus ojos incendiados de lubricidad; el mar de sangre con que la inundara al caer atravesado por la espada de un servidor.

Se mencionaron varios asesinatos en que las yeguas se habían divertido con saña femenil, despachurrando a mordiscos a las víctimas. Los asnos habían sido exterminados, y las mulas también se sublevaron, pero con torpeza inconsciente, destruyendo por destruir, y particularmente encarnizadas contra los perros.

El tronar de las carreras locas seguía estremeciendo la ciudad, y el fragor de los derrumbes iba aumentando. Era urgente organizar una salida, por más que el

número y la fuerza de los asaltantes la hiciera singularmente peligrosa, si no se quería abandonar la ciudad a la más insensata destrucción.

Los hombres empezaron a armarse; más, pasado el primer momento de licencia, los caballos se habían decidido a atacar también.

Un brusco silencio precedió al asalto. Desde la fortaleza distinguían el terrible ejército que se congregaba, no sin trabajo, en el hipódromo. Aquello tardó varias horas, pues cuando todo parecía dispuesto, súbitos corcovos y agudísimos relinchos cuya causa era imposible discernir, desordenaban profundamente las filas.

El sol declinaba ya cuando se produjo la primera carga. No fue, si se permite la frase, más que una demostración, pues los animales se limitaron a pasar corriendo frente a la fortaleza. En cambio, quedaron acribillados por las saetas de los defensores.

Desde el más remoto extremo de la ciudad, se lanzaron otra vez, y su choque contra las defensas fue formidable. La fortaleza retumbó entera bajo aquella tempestad de cascos, y sus recias murallas dóricas quedaron, a decir verdad, profundamente trabajadas.

Sobrevino un rechazo, al cual sucedió después un nuevo ataque.

Los que demolían eran caballos y mulos herrados que caían a docenas; pero sus filas se cerraban con encarnizamiento furioso, sin que la masa pareciera disminuir. Lo peor era que algunos habían conseguido vestir sus bardas de combate en cuya malla de acero se embotaban los dardos. Otros llevaban jirones de tela vistosa, otros, collares, y pueriles en su mismo furor, ensayaban inesperados retozos.

De las murallas los conocían. ¡Dinos, Aethon, Ameteo, Xanthos! Y ellos saludaban, relinchaban gozosamente, enarcaban la cola, cargando en seguida con fogosos respingos. Uno, un jefe ciertamente, se irguió sobre sus corvejones, caminó así un trecho manoteando gallardamente al aire como si danzara un marcial balisteo, contorneando el cuello con serpentina elegancia, hasta que un dardo se le clavó en medio del pecho.

Entre tanto, el ataque iba triunfando. Las murallas empezaban a ceder.

Súbitamente una alarma paralizó a las bestias. Unas sobre otras, apoyándose en ancas y lomos, alargaron sus cuellos hacia la alameda que bordeaba la margen del Kossínites; y los defensores volviéndose hacia la misma dirección, contemplaron un tremendo espectáculo.

Dominando la arboleda negra, espantosa sobre el cielo de la tarde, una colosal cabeza de león miraba hacia la ciudad. Era una de esas fieras antediluvianas cuyos ejemplares, cada vez más raros, devastaban de tiempo en tiempo los montes Ródopes. Mas nunca se había visto nada tan monstruoso, pues aquella cabeza dominaba los más altos árboles, mezclando las greñas de su melena a las hojas teñidas de crepúsculo.

Brillaban claramente sus enormes colmillos, se percibían sus ojos fruncidos ante la luz, llegaba en el hálito de la brisa su olor bravío, inmóvil entre la palpitación del follaje, herrumbrada por el sol casi hasta dorarse su gigantesca crin, se alzaba ante el horizonte como uno de esos bloques en que el pelasgo, contemporáneo de las montañas, esculpió sus bárbaras divinidades.

Y de repente empezó a andar, lento como el océano. Se oía el rumor de la fronda que su pecho apartaba, su

aliento de fragua que iba sin duda a estremecer la ciudad cambiándose en rugido.

A pesar de su fuerza prodigiosa y de su número, los caballos sublevados no resistieron semejante aproximación. Un solo ímpetu los arrastró por la playa, en dirección a la Macedonia, levantando un verdadero huracán de arena y de espuma, pues no pocos se disparaban a través de las olas.

En la fortaleza reinaba el pánico. ¿Qué podrían hacer contra semejante enemigo? ¿Qué gozne de bronce resistiría a sus mandíbulas? ¿Qué muro a sus garras?

Comenzaban ya a preferir el pasado riesgo (al fin en una lucha contra bestias civilizadas), sin aliento ni para enflechar sus arcos, cuando el monstruo salió de la alameda.

No fue un rugido lo que brotó de sus fauces, sino un grito de guerra humano, el bélico “¡jalalé!” de los combates, al que respondieron con regocijo triunfal los “hoyohei” y los “hoyotohó” de la fortaleza.

¡Glorioso prodigio!

Bajo la cabeza del felino, el rostro de un numen irradiaba una luz superior; y mezclados soberbiamente con la flava piel, resaltaban su pecho marmóreo, sus brazos de encina, sus muslos estupendos.

Y un grito, un solo grito de libertad, de reconocimiento, de orgullo, llenó la tarde:

—¡Hércules, es Hércules que llega!

Ejercicios de comprensión

Los caballos de Abdera

Llegó a la dirección de la Biblioteca Nacional de Maestros. Viajó repetidas veces a Europa y residió en París de 1911 a 1914, ambiente que lo vinculó con distintas personalidades del mundo artístico contemporáneo e influyó para su estilo modernista. Colaboró con *La Nación* y obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1926. En 1928 fundó la Sociedad Argentina de Escritores. Se piensa que entre su apoyo al golpe de estado fallido de 1930, y distintas situaciones sentimentales, finalmente le llevaron a una depresión que culminó en un suicidio ejecutado al ingerir cianuro de potasio con whisky.

Como poeta, Lugones irrumpió en el panorama literario argentino con el poemario *Los mundos* (1893). Después, su encuentro con Rubén Darío permite su reconfiguración poética y da pie a la publicación de: *Las montañas de oro* (1897), *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909).

La faceta de narrador de Lugones sobresale principalmente por su capacidad para los relatos recogidos en distintas publicaciones como: *Las fuerzas extrañas* (1906), *La torre de Casandra* (1919), *Cuentos fatales* (1924) y *La patria fuerte* (1933). Es en estas narraciones breves que ensayó distintos acercamientos fantásticos considerados por varios como precursores de los mejores relatos de la literatura argentina. Tuvo continuidad en autores como: Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges (gran admirador de Lugones) y Julio Cortázar.

Leopoldo Lugones. *Las fuerzas extrañas*: 1906. Recuperado de: www.ciudadseva.com

Versión de: ~~sintitulo~~, 2021

I. Argumento y elementos principales

- Escribe en un mínimo de 75 palabras de qué se trata el texto y cuáles son sus personajes principales.
- Ordena las frases según la disposición que tienen en el texto.

- ___ “por los refinamientos de la mesa”
- ___ “y la sorpresa de lo inesperado”
- ___ “espantosa sobre el cielo de la tarde”
- ___ “ensayaban inesperados retozos”
- ___ “un gusto creciente por el pescado”
- ___ “un blanco y elegante sentimental”
- ___ “Su discreción en las ceremonias solemnes”
- ___ “había producido elementos maravillosos”
- ___ “manoteando gallardamente el aire”
- ___ “desordenaba profundamente las filas”
- ___ “Causaron estragos también las armas humanas”
- ___ “Comentándola mimosamente a título de capricho”
- ___ “se creía que halagaba su vanidad”
- ___ “iban engendrando un fenómeno”
- ___ “dormían en cobertores de biso”

II. Identificación de elementos puntuales del texto

- Cómo describe el narrador a los siguientes personajes:
 - Hércules
 - Balios
 - Xanthos

×

Este "gabinete de relatos, vol. 2" se terminó de seleccionar, coleccionar e imprimir en el mes de mayo del año 2021 en los talleres de Gráfica 414, ubicados en la calle Penitenciaría 414, Colonia Mexicaltzingo, C. P. 44180, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Para su composición se utilizaron las tipografías Circular STD bold y book, y la familia tipográfica Century Schoolbook. Los forros se imprimieron en papel Astrobright de 216 gramos para portadas y guardas en Hi Salmón de 190 gramos, los interiores se imprimieron en Cultural de 90 gramos. El tiraje fue de 700 ejemplares. El cuidado de la edición se encontró a cargo de AL y del maestro Fortunato Ruiz Verdugo.

G ʃ d ʃ v ʃ c
A M e ʃ I ʃ o
B · · ʃ L ʃ I
I N · M L ʃ e
N ʃ · ʃ A h c
E ʃ M M S ʃ c
T ʃ A · · X i
E I R ʃ · ʃ ó
· ʃ A ʃ · I n